DIARIO DE NAVARRA
DOMINGO, 16 DE ABRIL DE 2017

Haití, siete años después

EL BOMBERO XABIER LUNA BERANGO, VECINO DE MUTILVA, ACABA DE ESTAR EN HAITÍ Y DESCRIBE EN PRIMERA PERSONA LA PENOSA SITUACIÓN DE UN PAÍS ASOLADO POR EL TERREMOTO DE 2010.

TEXTO Y FOTOS: **XABI LUNA**

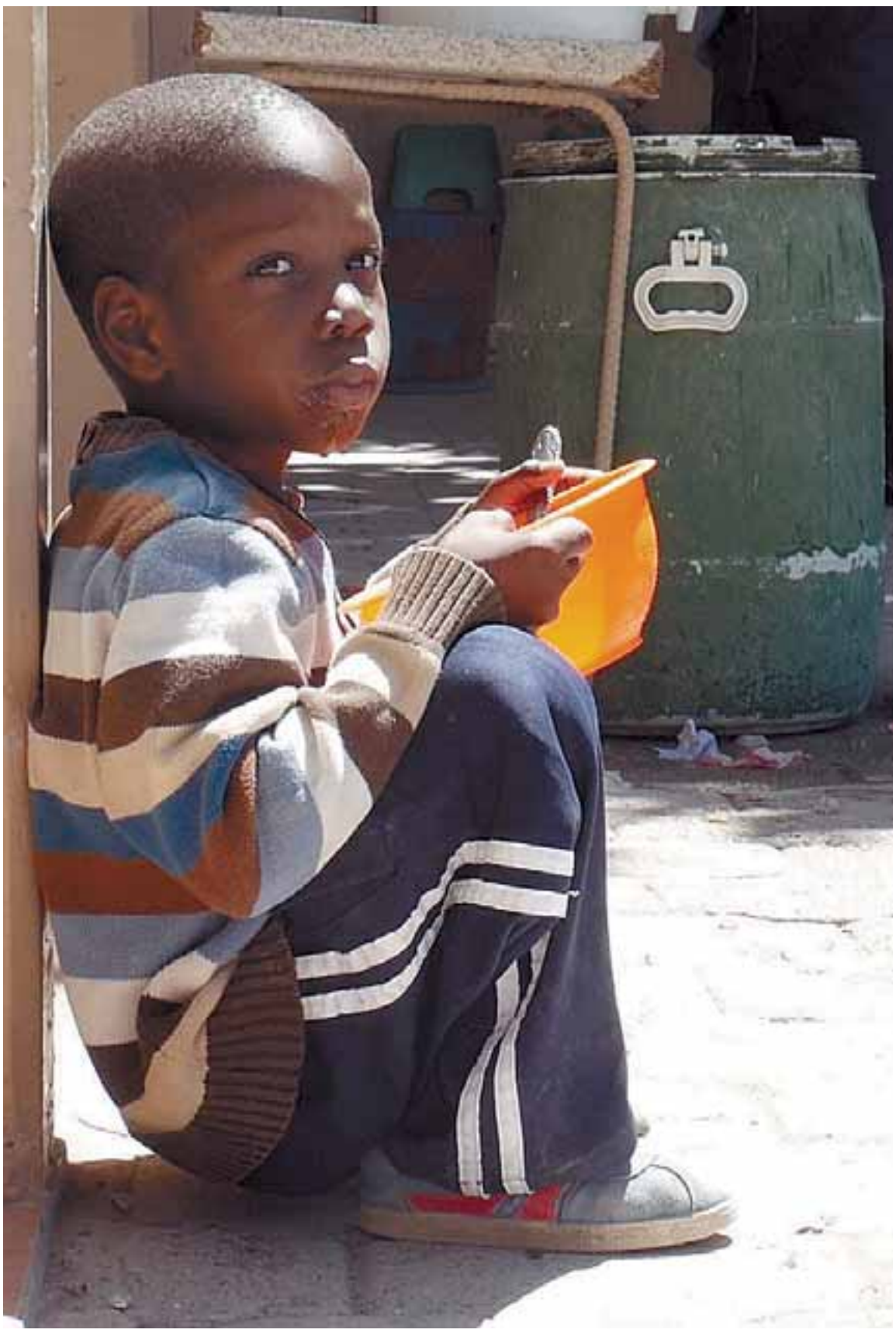
ES mediodía en el caribe, dos turistas se mecen en las hamacas de la terraza, a la sombra, con vistas a la playa privada, impoluta, de postal. El agua rompiendo en la orilla, las palmeras y los pájaros son los sonidos del paraíso. Todo sería perfecto si, al salir de esa burbuja caribeña, no existiera la más absoluta de las miserias.

Haití es la niña pobre del Caribe, la melliza de República Dominicana que salió mal parada en el reparto de la fortuna. Lo cierto es que puedes viajar a cualquier lugar del mundo y huir de la verdad alojado en estos edificios de fantasía. Haití no es menos, y salpicados por la isla existen complejos que te aíslan de todo para no atormentarte. Este artículo no trata de eso, de criticar esa forma de viajar. Simplemente me sirve de contraste con lo que realmente ocurre en el día a día de este país, que es lo que a mi me interesa, la realidad que viven los haitianos. La que sufren, seamos honestos.

Ya de serie, es uno de los países más pobres del mundo. Cifrar su orden exacto en la lista me parece ofensivo. Que no nos engañe ver que uno está el cien y otro el doscientos, ya que, excepto muy pocos, el resto sobrevive. Como decía, Haití es uno de los países más pobres del mundo y para colmo su situación geográfica lo expone a tsunamis y terremotos, pero su mayor peligro está en las políticas corruptas. Con lo que si a la pobreza le añadimos que de vez en cuando tu casa de papel se la lleva el viento y personas trajeadas se empeñan en que no vas a salir adelante, la combinación es un agujero negro del que nunca podrás escapar.

Seguro que se ha escrito mucho sobre Haití, sobre todo tras el terremoto, pero estas verdades se olvidan rápido, y más si en lugar de generar dinero lo que hacen es pedirlo. Así que quiero aportar un poco de memoria y de paso contar como están. En 2010 unas 350.000 personas fallecieron tras el terremoto, otras tantas resultaron heridas y más de millón y medio lo perdieron todo. Este tipo de sucesos, por suerte, provoca un efecto de cooperación y empatía inmediato. La pega es que todo lo que sube rápido, baja igual. Como dice el agricultor, "a mi no me molesta la lluvia, si lo hace un poco todos los días. El problema es si llueve todo de una vez, ahí se acabó mi huerto". Lo mismo ocurre con las ayudas internacionales, que todas llegan de golpe y a las semanas la gente piensa que Haití ya está a pleno rendimiento. "Con todo el dinero que se les ha dado... Malo sea, ¿no?".

Ese el problema, que no solo les llega mucho en poco tiempo, sino que encima se gestiona mal y se corrompe. Después de siete años y con los más de 2.500 millones de euros destinados –que yo sepa, seguro que ha habido más–, Haití no está bien, está muy lejos de eso. Hacía mucho que no viajaba a un país donde las miradas y la energía vital de la gente era tan baja. El blanco ya no es el que va a ayudarles. Es el que va, se beneficia y se marcha para seguir su vida. Están hartos y con razón. Mi experiencia ha sido breve, casi un mes en contacto con una docena de proyectos escolares y sanitarios. Lo suficiente para hacerme una idea de sus recursos, del estado del país y de que en muchos de los casos el dinero ayuda más a los grandes organismos que a las personas para las que va destinado.



Para muchos alumnos, la del colegio es su única comida del día. En la foto, un niño come en el patio.

El blanco ya no es el que va a ayudarles. Es el que va, se beneficia y se marcha para seguir su vida

No quiero entrar en detalles ni afirmaciones que no llevan a ningún sitio. Simplemente quiero hacer un breve repaso al día a día de un haitiano, y a la vez denunciar la mala gestión. Los campamentos improvisados desaparecieron hace ya un tiempo, están mejor, pero no mucho. La realidad es que empiezan a acostumbrarse a vivir así y dar por hecho que ese es su futuro. Vivir en un laberinto de muros rematados con concertina, con calles de tierra que se inundan cada vez que llueve, esperando colas para ser atendidos, con un sistema educativo muy precario y en muchos casos sin oficializar, rellenando cubos de agua en pozos instalados en la calle porque no hay agua en sus casas, a oscuras la mayor parte del tiempo porque el gobierno les corta la luz, desnutridos y enfermos de malvivir.

Si bien hay proyectos que se están preocupando por trabajar en desarrollo, por integrar a los beneficiarios, por valorar su opinión y, sobre todo, con el objetivo de desaparecer lo antes posible de allí porque la labor está hecha. La verdad es que, en la mayoría de los casos, las ayudas internacionales se despilfarran en sueldos, dietas, vehículos, infraestructuras innecesarias... Cómo es